

Revista de Estudiantes de Economía / Volumen 1 / Número 3 / Enero-diciembre 2019

# **INTERCAMBIO**

*Invitado especial:*

## **BRASIL: UNA SOCIEDAD SIN BRÚJULA**

*Special guest:*

## **BRAZIL: A SOCIETY WITHOUT A COMPASS**

.....  
**Bruno De Conti**

E-ISSN 2619-6131

Facultad de Ciencias Humanas y Económicas  
Sede Medellín



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA

**Invitado especial:**

## **BRASIL: UNA SOCIEDAD SIN BRÚJULA**

*Special guest:*

### **BRAZIL: A SOCIETY WITHOUT A COMPASS**

**Bruno De Conti\***

Las catástrofes sociales inequívocamente generan respuestas, feas y bellas. En las artes, son innumerables las obras que emergen como reacción (contemporánea o tardía) a los contextos opresores. Respecto a la catástrofe del Nazismo alemán, una de las más duras y bellas obras creadas es “Fabian”, de Erich Kästner. En ese libro, el narrador se refiere a la Alemania del período de transición entre los años 1920 y 1930 como una “sociedad sin brújula”. Viviendo una crisis profunda, esa sociedad eligió a Adolf Hitler como su canciller.

Infelizmente, el Brasil contemporáneo tiene muchas semejanzas con el contexto alemán descrito. Estamos hoy en una sociedad completamente desproveída de brújulas. En medio de una gran tormenta y totalmente sin rumbos, la sociedad brasileña eligió como presidente a Jair Bolsonaro, exmilitar y figura máxima en el país de la intolerancia y de la antidemocracia.



---

\* Ph.D. en Economía. Profesor del Instituto de Economía de la Universidad de Campinas, Brasil.

Para entender el proceso que culminó en ese escenario, hay que volver un poco en la historia brasileña del siglo XXI. Como otros países de Latinoamérica, Brasil vivió un *boom* económico en la primera década del siglo. Entre los años 2003 y 2010, el promedio de crecimiento del Producto Interno Bruto fue de 4% anual, la tasa de desocupación pasó de 11,7% a 6,7%<sup>1</sup>, con la generación de 10,9 millones de ocupaciones formales durante el período. Ese dinamismo económico resultó de la combinación entre: i) un ambiente externo favorable, con el crecimiento acelerado de la economía mundial – impulsada por China – y, sobre todo, por la asociada alza en los precios de las *commodities* agrícolas y minerales; y ii) las políticas de incentivo al mercado doméstico desarrolladas durante el gobierno del presidente Luíz Inácio Lula da Silva<sup>2</sup>, sobre todo, la política de valorización del salario mínimo (que en términos reales creció 62,3% de 2003 a 2010) y el “Bolsa Família” (programa de transferencia de renta que en 2010 atendía a 12,9 millones de familias, o sea, más de un cuarto de la población brasileña).

Sin embargo, ese dinamismo no se sustentó por la década siguiente. Por equívocos del gobierno Dilma Rousseff<sup>3</sup>, pero sobre todo por fragilidades estructurales de la economía brasileña, que reaparecieron a partir de los efectos de la crisis internacional, el dinamismo económico empezó a reducirse en Brasil. Más concretamente: el acelerado crecimiento económico precedente no resultó en un concomitante desarrollo de la estructura productiva nacional. Al revés, el *boom* de *commodities* – y la asociada valorización de la moneda brasileña –, en un contexto de reconfiguración de la industria mundial (en las cadenas globales de valor) y de recrudescimiento de la competencia internacional (principalmente en función de China), resultaron en la fragilización adicional de la industria brasileña, con un proceso de regresión de la estructura productiva doméstica. Consecuentemente, la queda en los precios de las *commodities* a partir de 2011 impactó severamente – y por variados canales<sup>4</sup> – la economía de Brasil (y de muchos otros países suramericanos).

---

1. Tasa de desocupación en las regiones metropolitanas de Brasil (CGEE)

2. Luíz Inácio Lula da Silva, del Partido de los Trabajadores, fue el presidente de Brasil de 2003 a 2010

3. Dilma Rousseff, también del Partido de los Trabajadores, asumió la presidencia de Brasil en 2011

4. Para un análisis detallado sobre la economía brasileña durante los Gobiernos de Dilma Rousseff, consultar Carneiro (2018).

Gradualmente, esa desaceleración económica empezó a crear también problemas de naturaleza política, pues, como sabemos, un bajo crecimiento intensifica los conflictos de interés y las tensiones sociales típicas del capitalismo. Por su parte, la crisis política profundiza la crisis económica. Así, Brasil entró, principalmente a partir de 2013, en un circuito de incertidumbre exacerbada, evidenciada en la disminución de las inversiones y la desaceleración del consumo de las familias, que ya en 2014 resultó en estagnación del Producto Interno Bruto.

Aun así, en las elecciones presidenciales de ese mismo año, la presidenta Dilma Rousseff fue reelecta. La plataforma liberal del candidato de oposición Aécio Neves, de centro-derecha, era ya conocida de los brasileños, pues había sido implementada por el expresidente Fernando Henrique Cardoso en los años 90's con consecuencias sociales desastrosas – sobre todo en el empleo –, y fue nuevamente rechazada en las elecciones. Sin embargo, esa oposición no aceptó su cuarta derrota consecutiva<sup>5</sup> y, en el mismo día de los resultados electorales, empezó un movimiento para destituir a la presidenta. La alegación inicial era de equívoco en el conteo de los votos – lo que se mostró absolutamente sin fundamento –, después se fue metamorfoseando para otras razones que teóricamente legitimarían el *impeachment* de la presidenta.

En medio de una recesión económica y con ese ambiente político hostil, Dilma Rousseff inició su segundo mandato con cambios económicos radicales, imponiendo en tierras tropicales la misma política de austeridad fiscal que estaba creando tantos problemas en suelos europeos. El objetivo principal era reducir la animosidad de la oposición, agradar a los agentes del mercado y, más inmediatamente, impedir el *downgrading* de las notas brasileñas por las agencias de evaluación de riesgo. *El tiro le salió por la culata*. La política de austeridad significó un freno adicional para una economía ya frágil, resultando en una recesión profunda: en 2015-16, el PIB brasileño cayó cerca de 7,5% y la tasa de desocupación pasó de 7% a 14%<sup>6</sup>.

---

5. El Partido de los Trabajadores fue electo cuatro veces seguidas, dos con Lula y dos con Dilma Rousseff.

6. Entre diciembre de 2014 y abril de 2017.

En ese ínterin, los partidos de oposición se articularon para concretizar la destitución de la presidenta. La razón jurídica escogida fue el aplazamiento del pago de parcelas de una deuda del gobierno central con la banca pública, pero es claro que el afán mayor era el de sacar el Partido de los Trabajadores del poder. Parte de la población brasileña se opuso fuertemente a ese proceso, pero con la crisis económica y social en curso y con el apoyo masivo de los principales medios de comunicación<sup>7</sup>, el *impeachment* de la presidenta fue aprobado por el Congreso Nacional. Luego, por intermediación de un Golpe de Estado, los votos de 54 millones de brasileños fueron simplemente ignorados y la presidenta Dilma Rousseff fue expulsada del cargo de presidenta de la República. En agosto de 2016, asumió el gobierno Michel Temer, quien, aun siendo vice-presidente de Dilma, participó activamente de la construcción del Golpe para tornarse presidente.

El gobierno de Temer profundizó la crisis social. Considerado como ilegítimo por parte importante de la población brasileña, no fue capaz de acabar con el caos político que venía de los años precedentes. Así, no hubo, como se esperaba, una grande recuperación de las inversiones, puesto que el escenario de incertidumbre seguía vigente. Adicionalmente, el mercado de trabajo continuó en una situación terrible en función de las elevadas tasas de desocupación e informalidad y de los bajos niveles salariales. Dado que el sistema de seguridad social de Brasil no es tan desarrollado, la situación de desempleo llevó inevitablemente a muchas familias al total desespero y, en consecuencia, la criminalidad empezó rápidamente a crecer en todo el país. Además, reformas laborales para la flexibilización del mercado de trabajo fueron aprobadas, empeorando la situación de los trabajadores y sus perspectivas respecto al futuro.

Así, el país llegó a las elecciones de 2018 en una situación aún más caótica, con una profunda y continua crisis económica y social. En ese contexto, todas las encuestas de intención de voto mostraban que la población brasileña elegiría nuevamente a Lula como presidente. Claramente, la esperanza era volver al dinamismo del período

---

7. En Brasil, los medios de comunicación son extremadamente concentrados y vinculados a los intereses de las elites económicas.

2003-2010. Sin embargo, el Golpe de Estado para sacar al Partido de los Trabajadores del gobierno no estaba consumado y su segunda etapa fue implementada: bajo procesos jurídicos extremadamente cuestionables<sup>8</sup>, Lula fue encarcelado.

Sin Lula como candidato, las elecciones se tornaron bastante inciertas. De un lado, el Partido de Trabajadores (PT) lanzó como candidato a Fernando Haddad, exalcalde de San Pablo, con la esperanza de que él pudiera recibir las intenciones de voto anteriormente direccionadas a Lula. Hubo un logro parcial, suficiente para llevar a Haddad a la segunda vuelta, pero no para vencer las elecciones. El apoyo a Lula tenía una parcela importante de personalismo, es decir, las personas lo querrían a él mismo como presidente y no a alguien de su partido. Adicionalmente, los medios de comunicación seguirían su ansia de destruir al PT, difundiendo cotidianamente el mensaje de que se trataba de la “peor banda” que se había formado en el país.

Por otro lado, el partido del expresidente Fernando Henrique Cardoso (el Partido de la Social Democracia Brasileña - PSDB), que había visto en el *impeachment* de Dilma y en la prisión de Lula la manera de volver al poder, se quemó por la demanda de cambios de la población, por nuevos nombres y partidos, y terminó las elecciones con unos melancólicos 4,8% de los votos.

Adicionalmente, el Golpe de Estado, con la deposición de la presidenta y la prisión de Lula, pusieron de manifiesto la fragilidad de la joven democracia brasileña. En todo ese caos, no han sido pocas – aunque minoritarias – las voces clamando por el retorno de la Dictadura Militar que gobernó al país entre 1964 y 1985. Una de esas voces era la del exmilitar Jair Bolsonaro, el *Deputado Federal* que decidió ser candidato en las elecciones, pero anunciando que no aceptaría otro resultado que no fuera su propia victoria, o sea, negando el principio de la democracia.

No obstante, aunque la candidatura de Bolsonaro fuera inicialmente considerada como caricaturesca, esta fue gradualmente – y en medio del caos – ganando adeptos. La figura de un milico grosero, divulgando que la solución para el país estaría en las

---

8. A manera de ejemplo: procesos análogos en general llevan 18 meses para resultar en la prisión del juzgado; en el caso de Lula, llevó apenas 6 meses, para ponerlo en la cárcel antes de las elecciones.

armas, el nacionalismo y en Dios, resultó atrayente para una población desesperada. Además, cuando escogió a un *Chicago Boy* (Paulo Guedes) como su asesor económico – revisitando la alianza de Pinochet entre autoritarismo político y liberalismo económico–, conquistó también el apoyo de gran parte de la elite económica del país. De la misma manera, Bolsonaro recogió el conservadurismo moral de parte de la población brasileña que se veía incomodada con las luchas sociales de los afrodescendientes, de las mujeres y de los homosexuales.

Durante la campaña electoral, Bolsonaro adoptó la misma estrategia de Donald Trump, con uso abusivo de las redes sociales y *fake news*. Por último, una fatalidad dio al candidato la oportunidad que más quería: no participar de debates o entrevistas ni presentar en profundidad sus propuestas. De hecho, Bolsonaro aprovechó el ataque con cuchillo que recibió en un comicio electoral como justificación para no participar de ningún debate público. Las *fake news* y las frases agresivas y repetitivas contra “el socialismo”<sup>9</sup>, “los bandidos”, la patria, la familia y Dios, fueron suficientes para elevar su popularidad en dichas elecciones, atípicas en gran medida.

Finalmente, es necesario discutir una vieja pero recurrente cuestión en Brasil y en toda Latinoamérica: la intervención estadounidense. A pesar de toda su retórica por la democracia, los Estados Unidos han participado activamente de los golpes militares realizados por toda América Latina en los años 1960 y 1970<sup>10</sup>. En el actual momento histórico, no me sorprendería si en los próximos años se revelaran las acciones de los Estados Unidos en los golpes contemporáneos, a saber, contra Manuel Zelaya en Honduras (2009), Fernando Lugo en Paraguay (2012), Dilma Rousseff en Brasil (2016) y Nicolás Maduro en Venezuela (2019)<sup>11</sup>.

---

9. Para Bolsonaro, todos los gobiernos brasileños desde el fin de la Dictadura Militar (o sea, los gobiernos de Fernando Collor de Mello, Itamar Franco, Fernando Henrique Cardoso, Luís Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff), fueron socialistas.

10. Hoy en día, innumerables documentos comprueban la participación estadounidense en los golpes en Latinoamérica, sobre todo a través del financiamiento de las operaciones y el entrenamiento de los militares.

11. No hay aquí ninguna intención de defender a dichos gobiernos, pero apenas de concordar con la hipótesis de que esos procesos de deposición sufrieran intervenciones externas, representando claros atentados a la soberanía de los pueblos latinoamericanos.

Aún más, no me sorprendería constatar un rol importante de los Estados Unidos en la elección de Jair Bolsonaro. Parte de ese apoyo ya es clara, a través de los *think thanks* liberales financiando grupos políticos en Brasil y de la Iglesia Evangélica de origen estadounidense, con cada vez más adeptos en Brasil y con participación activa en la campaña electoral y en el Congreso Nacional. Así, yo no despreciaría de antemano la posibilidad de que hubiera ocurrido también un apoyo oculto del gobierno estadounidense, algo que la historia mostrará. Las hipótesis serían varias: la menos importante, la admiración y el esfuerzo de aproximación de la familia<sup>12</sup> Bolsonaro al gobierno Trump; la más importante, el deseo de los Estados Unidos de fragilizar los BRICS, de profundizar la apertura de la economía brasileña, de reformular los métodos de explotación de petróleo en Brasil (favoreciendo, por supuesto, los inversores internacionales), de tener más injerencia sobre la Amazonía y, por supuesto, la disposición de Bolsonaro para hacerlo.

Hipótesis aparte, el resultado concreto es que, reuniendo la oposición al Partido de los Trabajadores, la atracción de las elites económicas deseosas de reformas liberales, el conservadurismo moral – no exclusivo, pero también vinculado a la Iglesia –, el desespero con el contexto socioeconómico y, en consecuencia, el deseo de cambio por parte importante de la población, Jair Bolsonaro fue electo presidente de Brasil.

Entre sus propuestas, las más importantes son la liberación del porte de armas, la privatización de las empresas estatales, la reforma del sistema de pensión, la reducción de los controles ambientales, la reducción de las reservas indígenas, la “desideologización” de las escuelas y universidades (o sea, la persecución a los que piensan diferente), la aproximación con los Estados Unidos, Italia, Israel y Japón, y una articulación con la derecha internacional (e.g. Trump, Orbán, Salvini, Netanyahu).

Entre sus frases célebres se encuentran innumerables ataques contra los afrodescendientes, los indígenas, las mujeres, los homosexuales y los “rojos”. Sería fácil enumerar un conjunto de frases universalmente entendidas como incompatibles con un “Jefe

---

12. Además de Jair Bolsonaro, tres de sus hijos tienen también cargos políticos en Brasil.

de Estado”, pero es posible resumirlas en el anuncio que hizo en su discurso de investidura: “Nosotros vamos a libertar al pueblo del socialismo y del ‘políticamente correcto”.

¿Si alguien está contra el políticamente correcto, está a favor de qué? Infelizmente, la respuesta viene en sus primeros meses como presidente (autorización para elevación del límite permitido de pesticidas, atribución de que el Congreso Nacional – controlado por agentes del *agrobusiness* – será el responsable por la demarcación de las reservas indígenas, propuesta de reducción expresiva de las consecuencias judiciales para los asesinatos cometidos por la policía, etc.); y vendrá con aun más fuerza en los próximos años.

Así las cosas, como en la Alemania de los años 1930, nuestra sociedad sin brújula nos puede conducir a grandes tragedias. Evidentemente, cuando la población se dé cuenta de que los cambios implementados por Bolsonaro no son los cambios que se deseaban, sino que, al revés, son cambios que empeorarán tremendamente sus condiciones de vida, la resistencia también vendrá. Esperemos que en ese momento la sociedad brasileña recupere su brújula, siendo capaz de repensar sus rumbos y senderos.

